







Encrucijada



Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

Encrucijada

Patricia Carrillo Collard

Ilustraciones: Rocío Solís Cuevas



FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL
Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Juan Jaffet Millán Márquez,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Encrucijada
© Primera edición: Consejo Estatal para la Cultura y las Artes Jalisco, 2016
© Segunda edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Patricia Carrillo Collard, por texto
© Rocío Solís Cuevas, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-614-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/42/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para Nicolás, el primer fan de Encrucijada





Es el último viernes del mes y no tienes clases. A las doce del día estás disfrutando de una mañana de flojera, viendo tu serie favorita. Llevas ya varios capítulos, cuando empiezan a gruñirte las tripas.

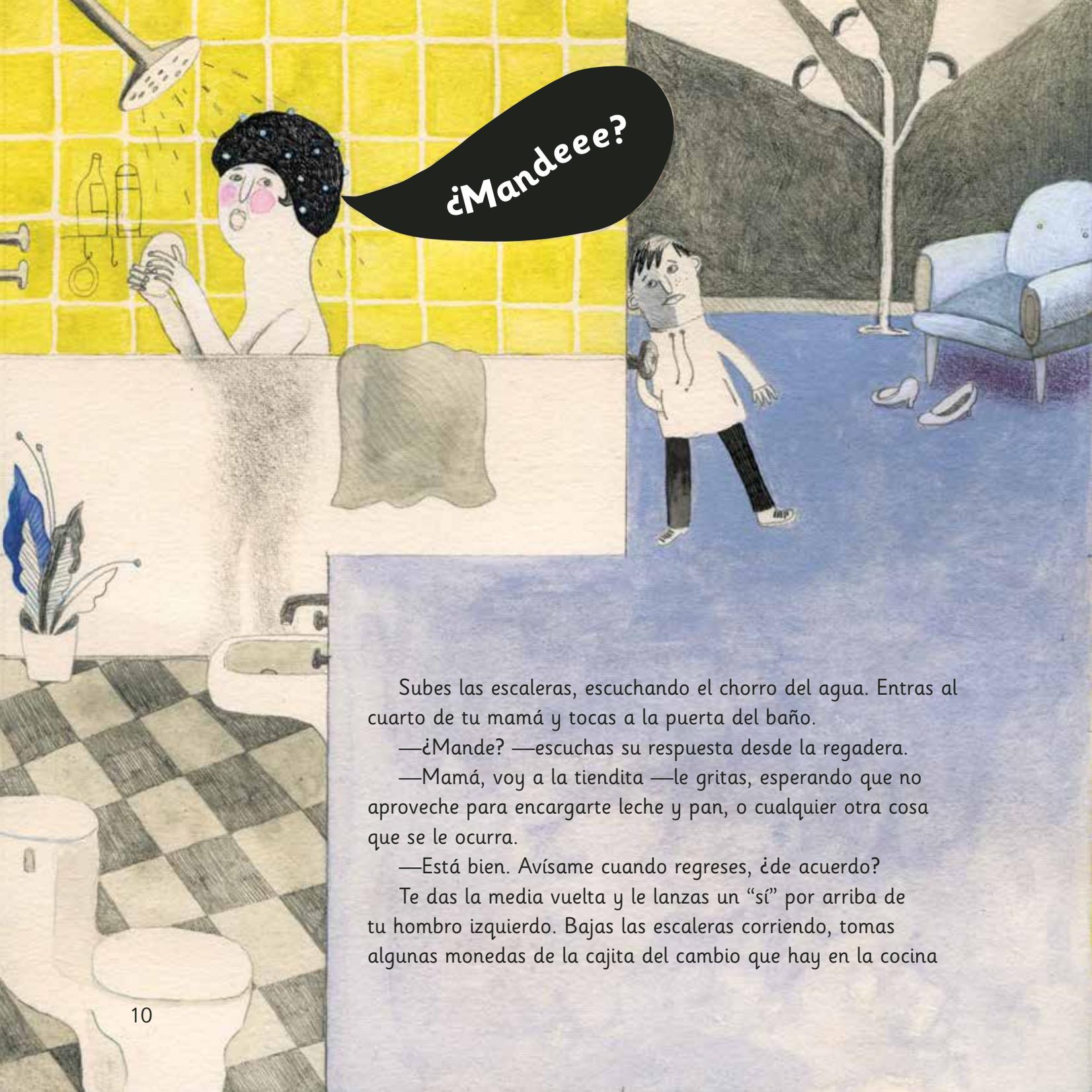
Bajas a la alacena. No hay nada que puedas botanear. Los botes donde tu mamá guarda las nueces y los cacahuates están vacíos. Tampoco hay papas (a tu mamá no le gusta la comida chatarra) y tu estómago te pide algo a gritos.

Decides ir a la tiendita de la esquina. Estás a punto de subir las escaleras para avisarle a tu madre, cuando recuerdas que ella está en la regadera. “Al cabo no me voy a tardar”, piensas...





Si decides subir y avisarle a tu mamá, pasa a la página 10.
Si decides salir sin avisar, pasa a la 12.



¿Mandeee?

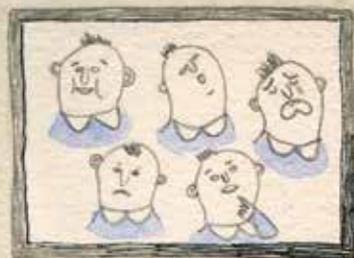
Subes las escaleras, escuchando el chorro del agua. Entrás al cuarto de tu mamá y tocas a la puerta del baño.

—¿Mande? —escuchas su respuesta desde la regadera.

—Mamá, voy a la tiendita —le gritas, esperando que no aproveche para encargarte leche y pan, o cualquier otra cosa que se le ocurra.

—Está bien. Avísame cuando regreses, ¿de acuerdo?

Te das la media vuelta y le lanzas un “sí” por arriba de tu hombro izquierdo. Bajas las escaleras corriendo, tomas algunas monedas de la cajita del cambio que hay en la cocina



Si decides
quedarte en casa,
pasa a la página 14.
Si decides salir,
pasa a la 16.

y te dispones a salir. Pero cuando te acercas a la reja de tu casa, oyes murmullos. ¿O es estática, será un radio? Te detienes, escuchas. Dos soldados pasan corriendo frente a tu reja. ¿Soldados? La situación te parece sospechosa y te preguntas qué estará pasando allá afuera.

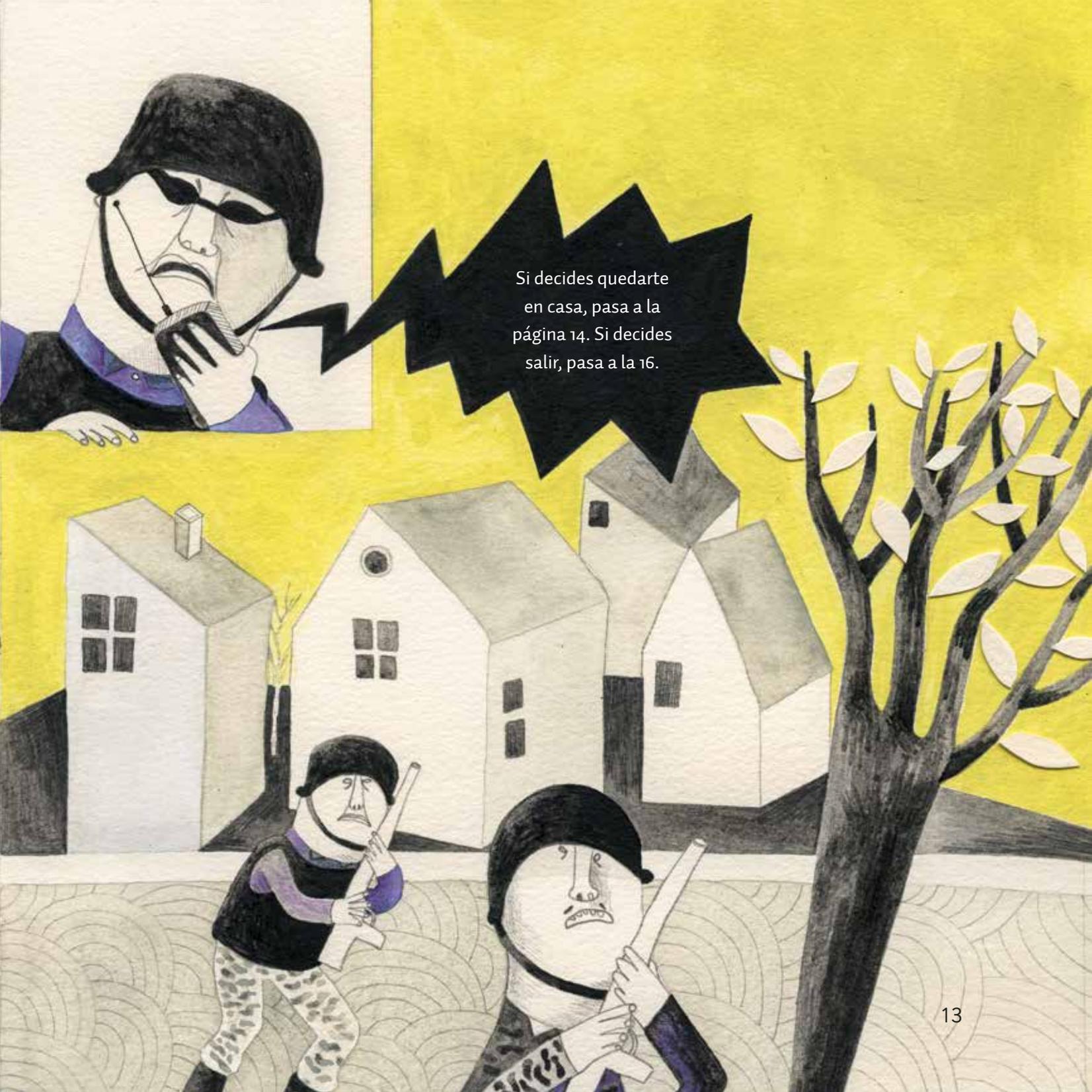




Te diriges a la cocina, tomas algunas monedas de la cajita del cambio y te dispones a salir.

Cuando te acercas a la reja de tu casa, oyes murmullos. ¿O es estática, será un radio? Te detienes, escuchas. Dos soldados pasan corriendo frente a tu reja. ¿Soldados? La situación te parece sospechosa y te preguntas qué estará pasando allá afuera.





Si decides quedarte
en casa, pasa a la
página 14. Si decides
salir, pasa a la 16.



Te asomas. En la calle hay más soldados. ¡Esto no es normal! Están como escondiéndose. “Qué tontos”, piensas, “si cualquiera puede verlos”. Luego te das cuenta de que están escondiéndose de las ventanas de la casa de Mauricio. Mauricio es un vecino de tu edad que vive a tres casas de la tuya. No son muy amigos, pero a veces juegan juntos en el parque.

Los soldados parecen esperar algo. Tienen las caras cubiertas y empuñan sus rifles. Ninguno ha notado tu presencia y, antes de que lo hagan, regresas a la casa, cerrando la puerta con mucho cuidado.

Subes los escalones de dos en dos y corres a la habitación de tu mamá, que da hacia la calle.

—¿Qué pasó? ¿Por qué esa cara? —te pregunta cuando te encuentra frunciendo el ceño frente a su ventana.





—Es que hay un montón de soldados allá afuera.
—¿Cómo que soldados? —exclama,
acercándose. Entonces se le escapa un “ihhhh!”
y se tapa la boca con la mano. Jala tu brazo y te
aleja del vidrio.

—Vámonos a tu cuarto, ándale. ¡Rápido!

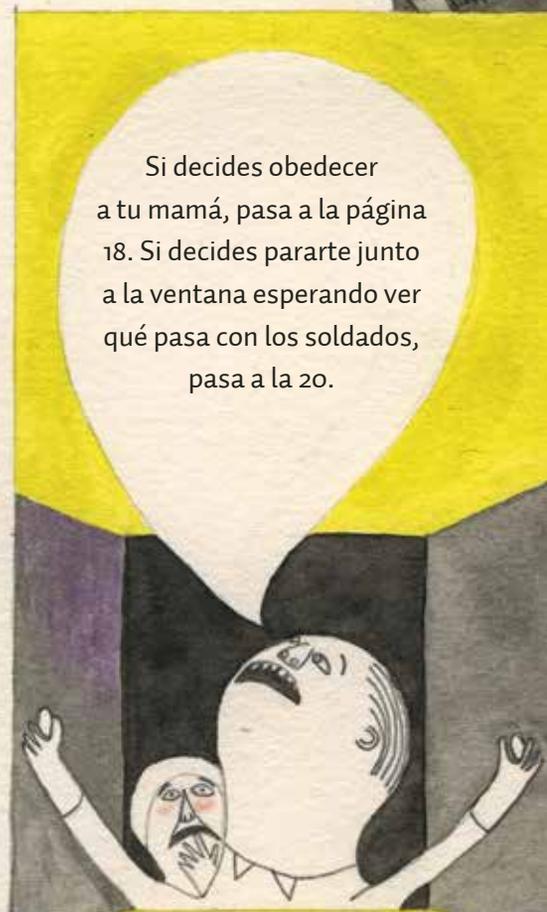
—¿Por qué?

—¡Porque no es seguro estar parados al lado
de la ventana! —te contesta, bajando la voz, como
si la fueran a escuchar los soldados.

—Pero quiero ver qué hacen, mamá —le
rebates, zafándote de ella.

Tu madre te dirige una de sus miradas
fulminantes. Luego te dice con voz firme:

—Voy a llamarle a tu papá para que sepa lo
que está pasando —toma su celular de la cómoda
y sale del cuarto—. Cierra la puerta cuando salgas.



Si decides obedecer
a tu mamá, pasa a la página
18. Si decides pararte junto
a la ventana esperando ver
qué pasa con los soldados,
pasa a la 20.

Tus tripas
gruñen de nuevo,
recordándote que ibas
a la tiendita a comprar unas
papas. Abres la reja, la cierras con
llave y te das cuenta de que hay más
soldados afuera de la casa de Mauricio.
Mauricio es un vecino de tu edad que vive a tres
casas de la tuya. No son muy amigos, pero a veces
juegan juntos en el parque.

Los soldados parecen esperar algo. No pones mucha atención.
La tiendita está en el otro sentido y caminas hacia allá. Estás a
un paso de la esquina cuando escuchas un ruido estruendoso,
como un choque, y un rechinado de llantas muy fuerte. Volteas
hacia atrás y ves una camioneta negra alejándose de los soldados
a toda velocidad. ¡Se dirige hacia este lado de la calle!

Empiezan a tronar unos cuetes, ¿o son disparos? Te sudan
las manos. ¿Por qué se te ocurrió salir a comprar unas papas?
Te tiras sobre la banqueta, pegado a la pared. Si son balazos,
ojalá que no te toque ninguno.

Escuchas gritos, pisadas, más cuetes o disparos. Tu cara está
contra el piso, entre tus brazos. No ves lo que está pasando.
Unas llantas rechinan de nuevo, muy cerca de ti. Volteas y ves
la camioneta negra detenida a tu lado, con la puerta abierta.
Desde adentro, Mauricio te grita:

—¡Ven! ¡No te puedes quedar ahí!

El chofer es un hombre a quien no conoces. Mauricio
extiende su mano, animándote a subir al vehículo.





**¡Ven!
¡No te puedes
quedar ahí!**

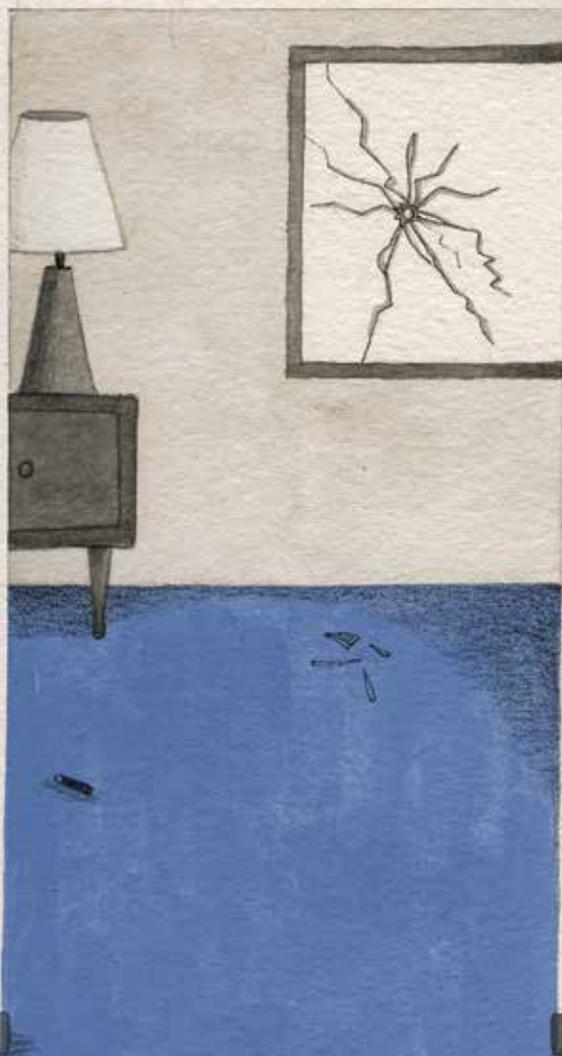
Si decides quedarte tirado en el piso, pasa a la página 22. Si decides hacerle caso a Mauricio y subirte a la camioneta, pasa a la 24.

Echas un último vistazo hacia afuera de la ventana y sales del cuarto, cerrando la puerta detrás de ti. Tu mamá está hablando por teléfono. Cuando termina, te pide que busques un noticiero en la tele o en la radio. Ella revisa Facebook y Twitter a ver si encuentra algo.

Nada.

De pronto, escuchas un ruido estruendoso, como un choque, y un rechinido de llantas muy fuerte. Empiezan a tronar unos cuetes, ¿o son disparos? Tu mamá te abraza y sientes lo rápido que late su corazón, aunque también podría ser el tuyo. Se escucha un vehículo que pasa a toda velocidad, más disparos, gritos, pisadas. Un vidrio se rompe, muy cerca.





Tu mamá y tú se quedan abrazados un largo rato hasta que lo único que interrumpe el silencio es la respiración de ambos. Cuando ella te suelta, sientes ganas de tomar su mano y seguirla, como cuando eras chico. Se asoma a su recámara. Desde el pasillo ves la ventana de su cuarto. Está rota. En el piso hay pedazos de vidrio y una bala.

Se te escapa el aire que tenías atrapado adentro y respiras otra vez. ¡Qué bueno que no te quedaste parado a un lado de la ventana!

Fin

Echas un vistazo hacia afuera del cuarto y ves que tu mamá se aleja, hablando por teléfono. Tú te quedas ahí parado, observando lo que sucede en la calle. Los soldados se esconden de las ventanas de la casa de Mauricio, se hacen señas entre ellos.

De pronto, escuchas un ruido atronador. Una camioneta negra sale de la cochera de Mauricio, haciendo pedazos la puerta. “¡Órale! ¡Como en las películas!”. Los soldados corren y disparan sus armas, que suenan como cuetes. La camioneta se aleja a toda velocidad. Tu mamá te llama a gritos. La ventana se rompe. Algo te quema el hombro izquierdo y ves sangre. ¿Sangre?

Ya no sabes si eres tú quien grita, si es tu mamá, o si los gritos vienen de la calle. Oyes todo cada vez más lejano, como si te hubieras puesto los audífonos. Ves la sangre chorreando por tu brazo, pintando tu mano de rojo y tu vista se oscurece hasta que ya no ves nada.

¡Julioooooo!





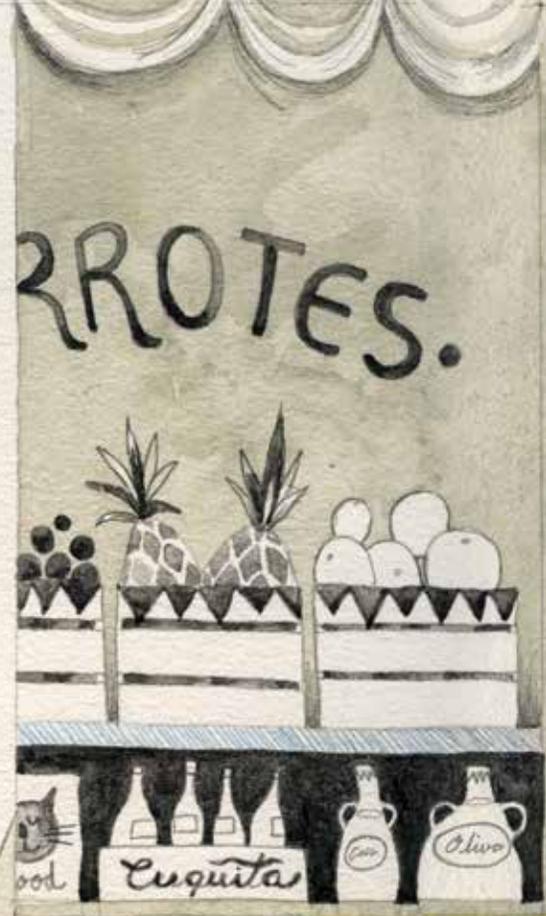
Cuando vuelves en ti estás recostado en el suelo, con la cabeza en el regazo de tu madre. Sientes como si te hubieran arrancado un pedazo del hombro y te estuvieran poniendo chile en la herida. El dolor tortura tu brazo. Aprietas los ojos, te muerdes el labio, pero es en vano. Las lágrimas escurren por tus mejillas y te mojan el cuello. Quisieras abrazar a tu mamá, pero sientes el cuerpo demasiado pesado como para moverte.

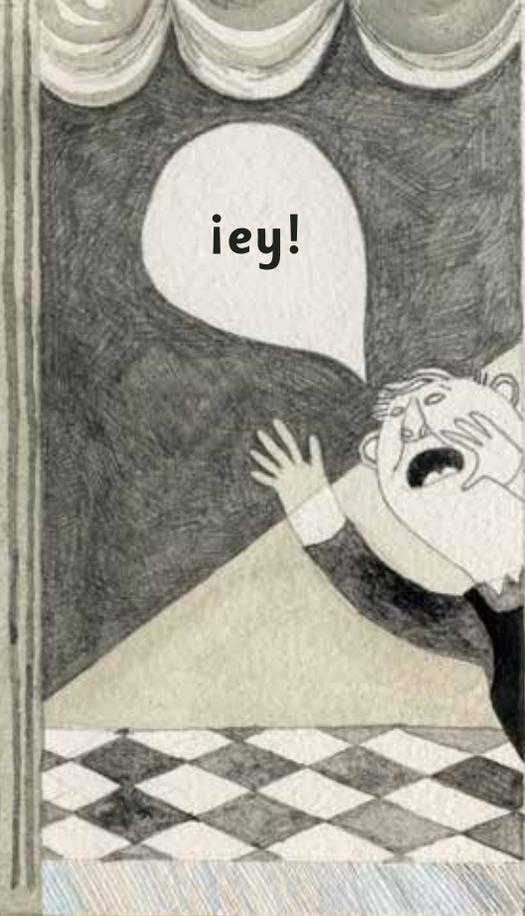
—No te preocupes, Julio —te dice ella, quitándote el cabello de la frente y acariciando tu cara—, fue sólo un rozón. En un ratito estará aquí la ambulancia para llevarte al hospital.

Fin

¿Qué le pasa a Mauricio? ¿Está loco? ¡Cómo cree que te vas a subir a una camioneta con él y huir de los soldados! Le dices que te quedarás ahí y cubres de nuevo tu cara con las manos. Mauricio insiste, pero el hombre que conduce le grita que cierre la puerta y la camioneta arranca, aventando unas piedritas que te golpean la espalda.

Escuchas las pisadas de los soldados y un “ey”, que viene de más cerca. Levantas la cabeza y ves a don Manuel, el señor de la tiendita. Te hace señas con la mano. Estás sudando, el corazón te late tan fuerte que parece que lo tuvieras en los oídos y la boca te sabe amarga. No te agrada la idea de quedarte tirado en el suelo esperando a que los soldados te pasen por encima, pero sabes que si te mueves será más fácil que te alcance una bala. “¿Por qué se me ocurrió salir a comprar unas papas?”, te preguntas de nuevo.



A stylized illustration of a man with a large, open mouth, shouting. He is positioned in a doorway, with his hands raised. The background is dark, and the floor in the foreground has a checkered pattern. A speech bubble above him contains the text "¡ey!".

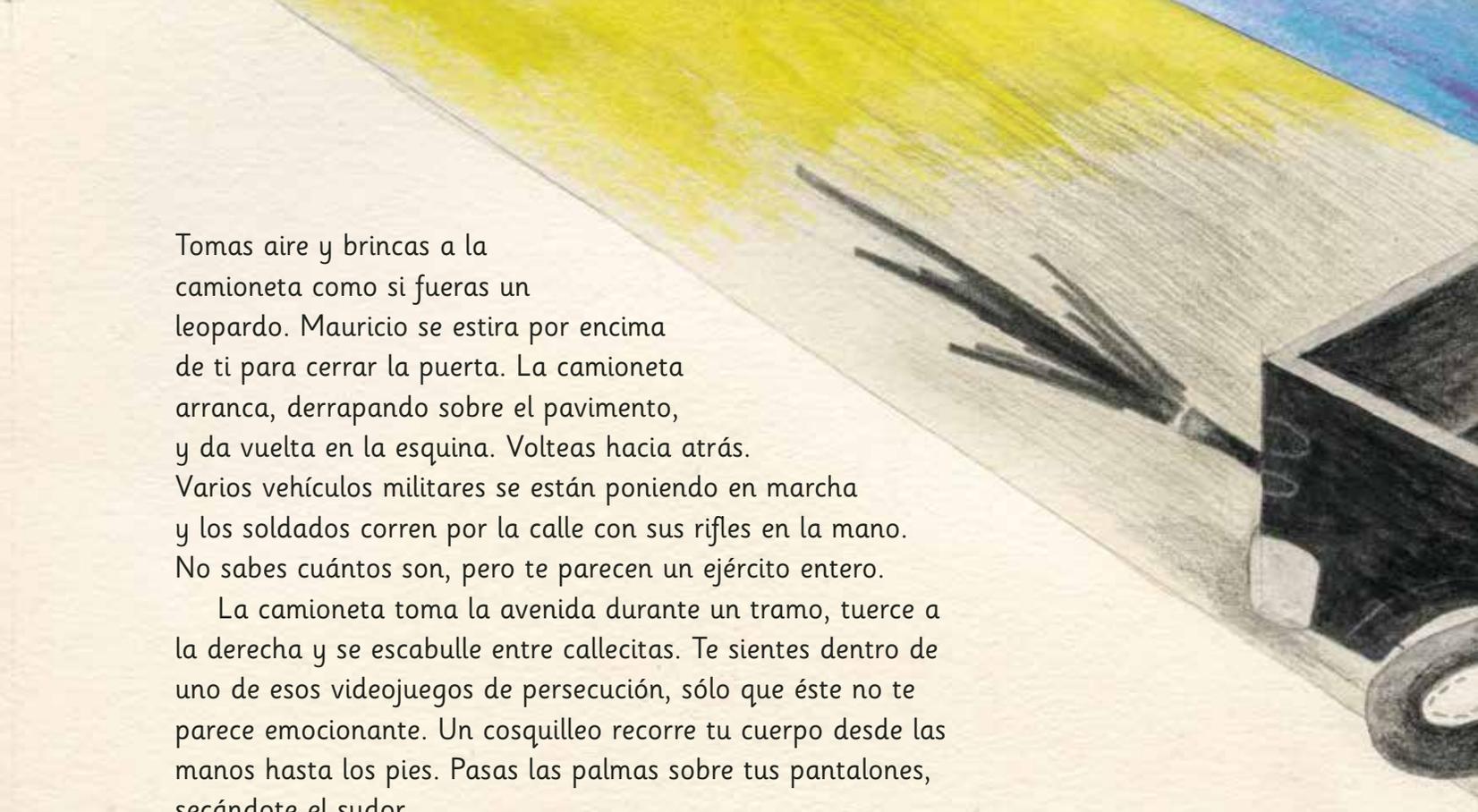
¡ey!

Don Manuel te llama otra vez, “¡ey!”. Estás a unos pasos de él. Apenas asoma la cabeza, pero mueve la mano insistentemente, indicándote que vayas. Te arrastras hasta la tiendita, pegando tu cuerpo al piso lo más que puedes. Con un movimiento rápido te pones de pie, subes el escalón y te paras junto a él, con la espalda recargada en la pared. Te das cuenta de que estabas conteniendo la respiración y tomas una bocanada de aire.

Don Manuel pone su brazo en tu hombro y te da un ligero apretón. —Tranquilo —te dice. —Seguro vendrán los soldados a hacerte preguntas. Tú déjame hablar a mí, ¿de acuerdo? Asientes con la cabeza, porque no te salen las palabras.

A stylized illustration of a man lying on his back on a floor with a wavy, concentric pattern. He has his hands clasped over his face. A broom lies on the floor next to him. The word "Fin" is written in large, bold, black letters in the bottom right corner.

Fin



Tomas aire y brincas a la camioneta como si fueras un leopardo. Mauricio se estira por encima de ti para cerrar la puerta. La camioneta arranca, derrapando sobre el pavimento, y da vuelta en la esquina. Volteas hacia atrás. Varios vehículos militares se están poniendo en marcha y los soldados corren por la calle con sus rifles en la mano. No sabes cuántos son, pero te parecen un ejército entero.

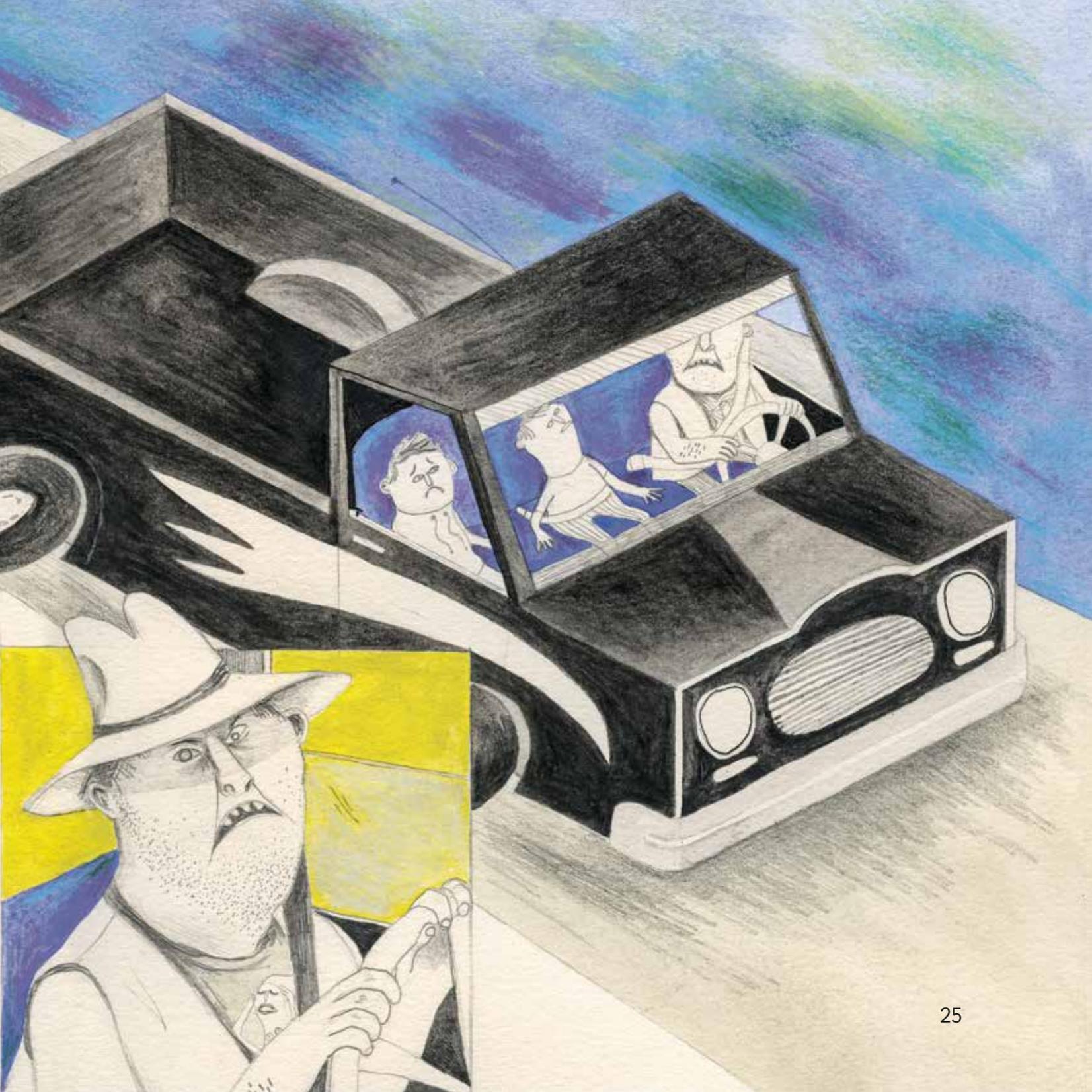
La camioneta toma la avenida durante un tramo, tuerce a la derecha y se escabulle entre callecitas. Te sientes dentro de uno de esos videojuegos de persecución, sólo que éste no te parece emocionante. Un cosquilleo recorre tu cuerpo desde las manos hasta los pies. Pasas las palmas sobre tus pantalones, secándote el sudor.

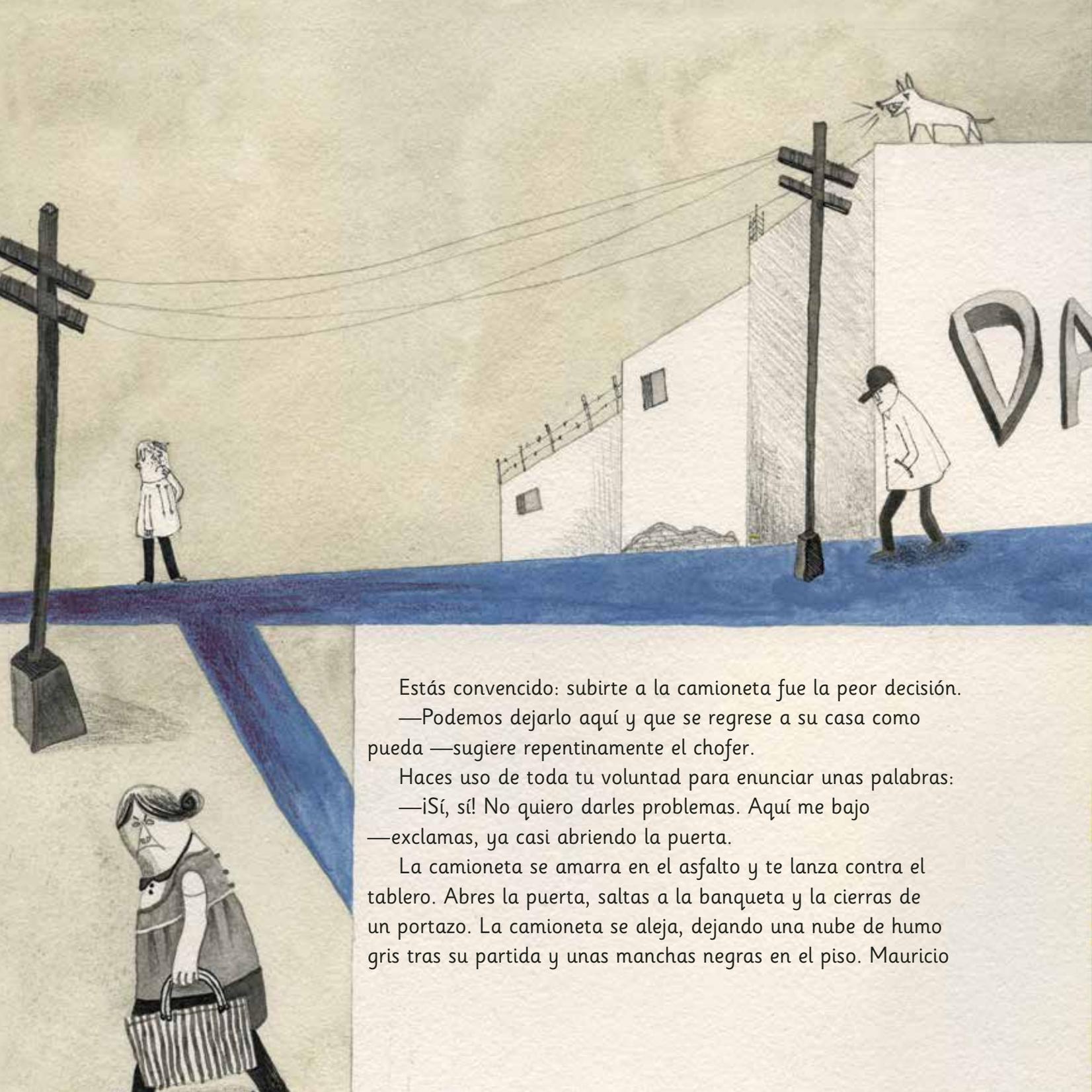
—A tu papá no le va a gustar que llevemos a éste —dice el hombre que va conduciendo.

Tu corazón se detiene. Te preguntas si subir a la camioneta fue la mejor decisión. Mauricio voltea a verte, luego mira al chofer.

—¿Qué hacemos, entonces? —le pregunta.

Piensas en los soldados, en la manera como tenían rodeada la casa de Mauricio. Recuerdas que no conoces a su papá; es más, nunca lo has visto. Ahora que te fijas, la camioneta y el chofer te parecen sospechosos. Él lleva un chaleco claro y te imaginas una pistola fajada a su costado, como has visto en algunas películas.





Estás convencido: subirte a la camioneta fue la peor decisión.
—Podemos dejarlo aquí y que se regrese a su casa como pueda —sugiere repentinamente el chofer.

Haces uso de toda tu voluntad para enunciar unas palabras:
—¡Sí, sí! No quiero darles problemas. Aquí me bajo
—exclamas, ya casi abriendo la puerta.

La camioneta se amarra en el asfalto y te lanza contra el tablero. Abres la puerta, saltas a la banqueta y la cierras de un portazo. La camioneta se aleja, dejando una nube de humo gris tras su partida y unas manchas negras en el piso. Mauricio



se asoma por la ventana, diciéndote adiós con la mano.

¿Y ahora qué? No tienes celular para llamarles a tus papás. El dinero que traes en el bolsillo no es suficiente para tomar un taxi y no tienes ni idea de cómo llegar a tu casa en camión. Tampoco estás muy seguro de qué tan lejos estás, ni de dónde estás. Caminas, tratando de orientarte.



Cerca de las dos de la tarde te das cuenta de que estás a unas cuatro o seis cuadras de tu casa. Observas si hay soldados o policías y evitas caminar por la avenida. Estás seguro de que si perseguían a Mauricio y a su chofer, también perseguirán a quien se subió a la camioneta con ellos. ¿Cómo no se te ocurrió eso antes?

Llegas a la esquina donde está la tiendita y te asomas. Ves soldados afuera de la casa de Mauricio. No te conviene seguir. Te quedas ahí, con el cuerpo escondido detrás de la pared, sacando sólo la mitad de la cara. En eso escuchas un “ey” y despegas la mirada de los soldados. Es don Manuel, el tendero. Te hace una seña con la cabeza. Sale a la banqueta, te oculta con su cuerpo y te dice que entres.

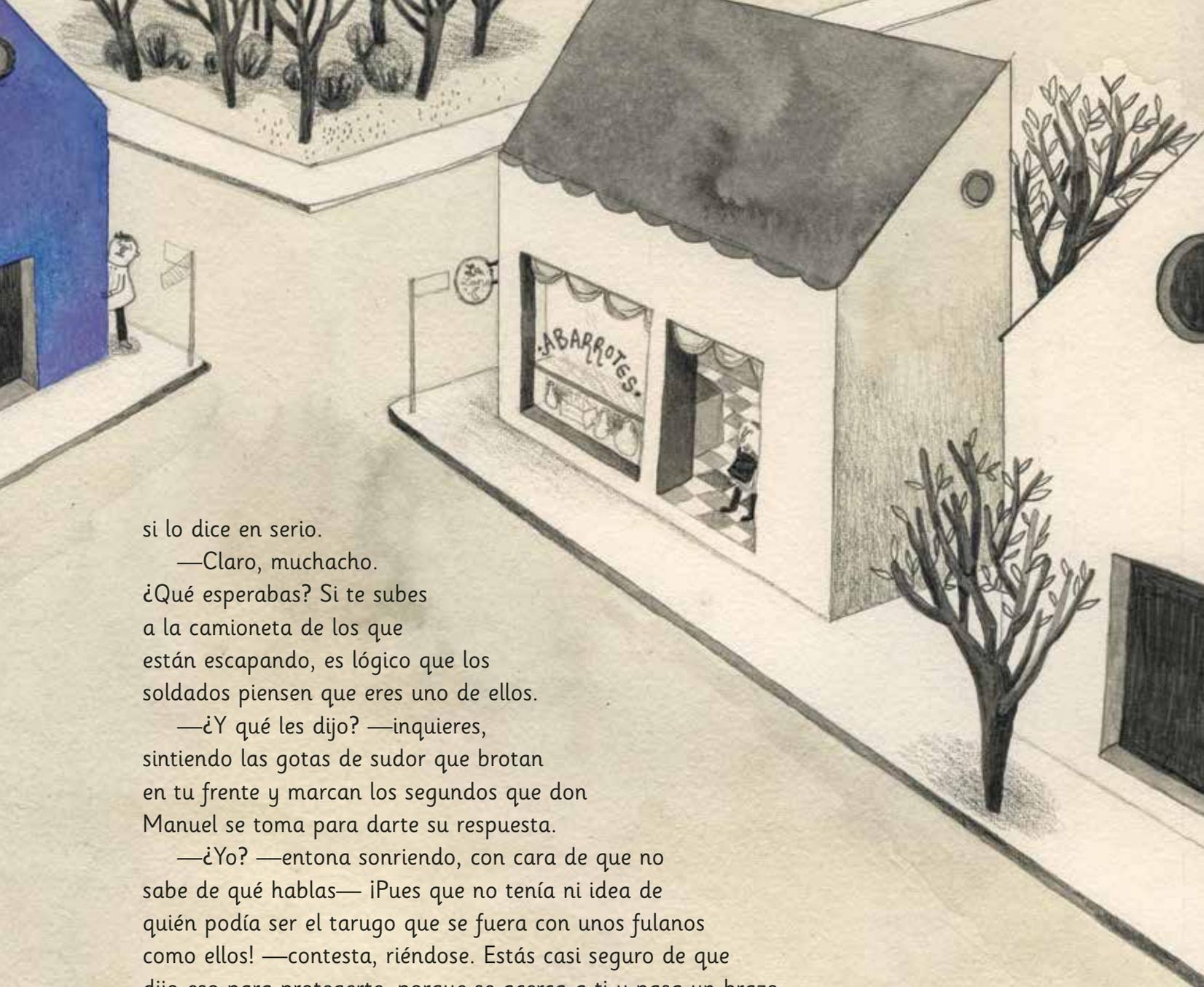
—¡Ay, muchacho! ¿Cómo se te ocurrió subirte a la camioneta con esa gente?

—¡Pues no sabía qué hacer! —exclamas, recargando tu cuerpo en la pared del fondo. Estás cansado de caminar, cansado de estar asustado y tienes hambre. Volteas la cara, ves la hilera de bolsas de papas y piensas que no se te volverán a antojar.

—Los soldados me preguntaron si sabía quién eras —dice don Manuel.

Tus ojos se abren tanto que sientes que ya no los podrás cerrar. Le preguntas





si lo dice en serio.

—Claro, muchacho.

¿Qué esperabas? Si te subes a la camioneta de los que están escapando, es lógico que los soldados piensen que eres uno de ellos.

—¿Y qué les dijo? —inquieres, sintiendo las gotas de sudor que brotan en tu frente y marcan los segundos que don Manuel se toma para darte su respuesta.

—¿Yo? —entona sonriendo, con cara de que no sabe de qué hablas— ¡Pues que no tenía ni idea de quién podía ser el tarugo que se fuera con unos fulanos como ellos! —contesta, riéndose. Estás casi seguro de que dijo eso para protegerte, porque se acerca a ti y pasa un brazo por tus hombros. Aunque, la verdad, ya no estás seguro de nada. Sólo quieres irte a casa...



Don Manuel te da una palmada y te pide tu número de teléfono para marcarle a tu mamá. Tú te escurres hasta el piso, dejando las piernas dobladas y la espalda recargada en la pared. ¿Cómo le explicarás esto a ella? Escuchas que don Manuel dice algo de un cambio de ropa y cuelga el teléfono.

Tu mamá llega enseguida. Te levantas de un salto y corres a abrazarla.

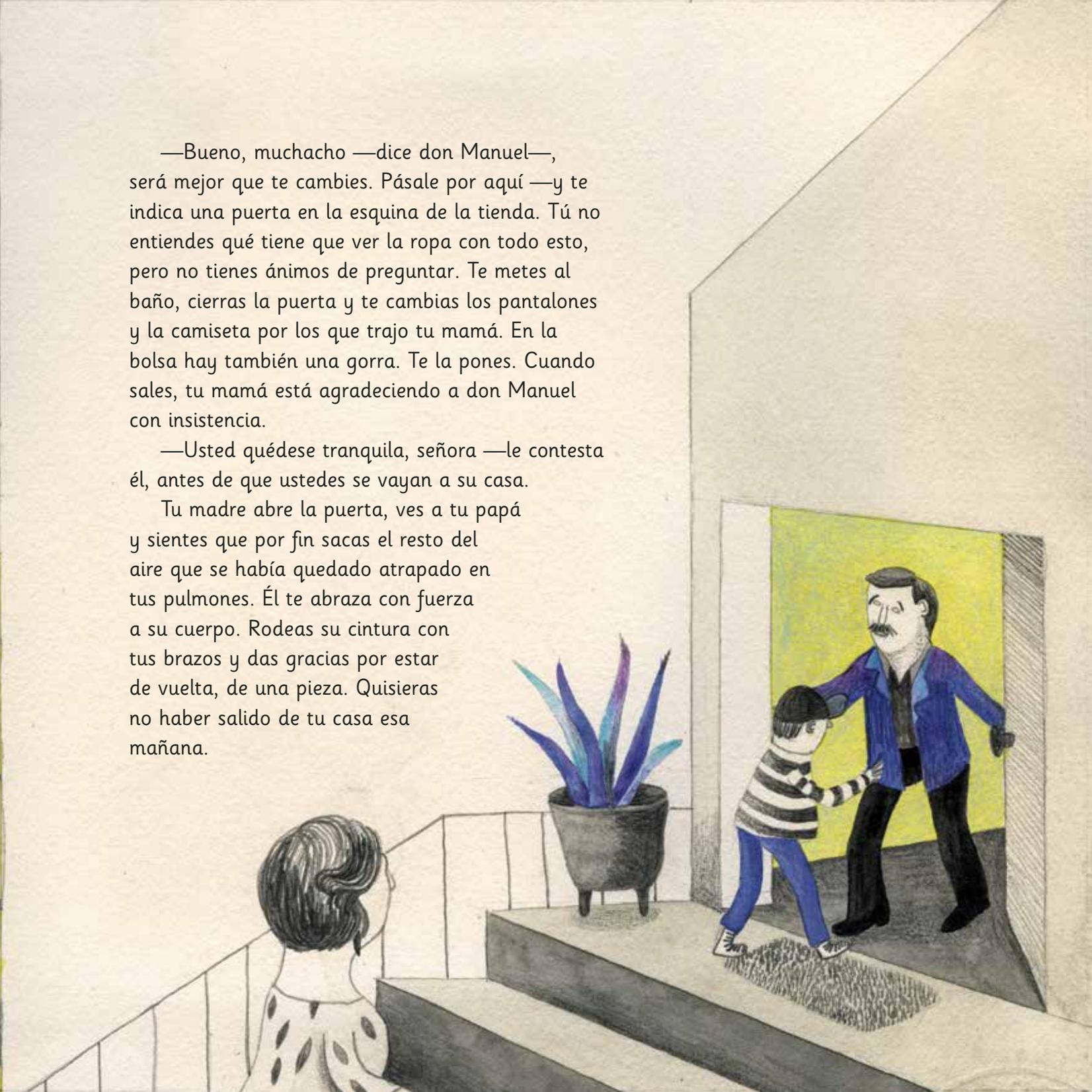
—Tranquilo, Julio —te dice, pasando su mano por encima de tu pelo una y otra vez. Parece que no está enojada, aunque sus manos tiemblan un poco cuando te entrega la bolsa que dejó caer al piso para envolverte en sus brazos.



—Bueno, muchacho —dice don Manuel—, será mejor que te cambies. Pásale por aquí —y te indica una puerta en la esquina de la tienda. Tú no entiendes qué tiene que ver la ropa con todo esto, pero no tienes ánimos de preguntar. Te metes al baño, cierras la puerta y te cambias los pantalones y la camiseta por los que trajo tu mamá. En la bolsa hay también una gorra. Te la pones. Cuando sales, tu mamá está agradeciendo a don Manuel con insistencia.

—Usted quédese tranquila, señora —le contesta él, antes de que ustedes se vayan a su casa.

Tu madre abre la puerta, ves a tu papá y sientes que por fin sacas el resto del aire que se había quedado atrapado en tus pulmones. Él te abraza con fuerza a su cuerpo. Rodeas su cintura con tus brazos y das gracias por estar de vuelta, de una pieza. Quisieras no haber salido de tu casa esa mañana.



—¿Por qué no comemos? —pregunta tu madre— Seguro que Julio tendrá mucha hambre.

Asientes con la cabeza. Tú y tu padre siguen a tu madre a la cocina y le ayudan a servir los platos. Se sientan a la mesa, tu padre enciende el noticiero y enseguida se escucha la voz de una reportera:

Esta mañana, elementos del ejército rodearon la casa del operador financiero del cártel XYZ, en la colonia ABC. El individuo no se encontraba ahí, pero dos sujetos huyeron de la casa en una camioneta negra. Se presume que uno de ellos es su hijo. Las autoridades los siguen buscando.

**...Las
autoridades
los siguen
buscando...**





La cuchara se te cae de la mano, salpicando
sopa en tu camiseta y sobre el mantel.

Fin

Patricia Carrillo Collard

Nació en Mazatlán, Sinaloa, en 1972 y reside en la ciudad de Guadalajara desde 2002. Estudió la licenciatura en economía en el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) y una maestría en políticas públicas en la Universidad de Princeton, en Estados Unidos.

Actualmente cursa el diplomado de creación literaria en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem), en Guadalajara. Entre 2012 y 2014 publicó los cuentos “La vecina”, “Entre hombres y perfumes”, “Multitasking maternal”, “Desaparecido” e “Intercambio” en el libro *Caleidoscopio*, editado por La Zonámbula. Algunos de sus cuentos han aparecido también en el suplemento cultural “Astillero”, del periódico *Noroeste*. *Encrucijada* es su primer cuento para público infantil.



Rocío Solís Cuevas

Es egresada de la maestría en diseño editorial del Centro de Estudios Gestalt y del diplomado en ilustración de la Academia de San Carlos; su trabajo ha sido seleccionado en el Cuarto Catálogo Iberoamericano de Ilustración en **2013**. Ha diseñado e ilustrado publicaciones para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, el Consejo Estatal de Población del Estado de México, Amaquemecan y Editorial Aguilar. Entre sus trabajos como ilustradora figuran *Gregoria la Grande*, *Globos gallinas botones*, *Diario garabato*, *Entre monstruos*, *Rostros de la lectura* y *El edificio fantasma*.





Encrucijada, de Patricia Carrillo Collard, se terminó de editar en enero de 2017. Para su formación se usó la familia tipográfica *Sassoon Infant*, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación y portada: Rocío Solís Cuevas. Cuidado de la edición: Gustavo Abel Guerrero Rodríguez y la autora. Editor responsable: Félix Suárez.